

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION ESPIRITUAL.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 6. vers. 64.

Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

No quiera Dios que llegemos á hacer de estas palabras el abuso monstruoso que han hecho y hacen todos los días nuestros hermanos disidentes aplicándolas á las que consuman el misterio Eucarístico. Ellos se atreven á combatir en un sentido espiritual lo que Jesu-Cristo dixo en el sentido propio y literal. Ellos nos enseñan que no se nos ofrece este Divino Salvador en la Eucaristía sino de

sobre la Comunión espiritual. 387

una manera mística y figurada, y nosotros creemos que real y substancialmente está presente en ella. Ellos nos reprenden porque entendemos las palabras de Jesu-Cristo de una manera carnal é indigna de su sabiduría, y nosotros les acusamos porque desconocen sus oráculos mas positivos, y desprecian el medio de santificación mas saludable. No nos dexemos, pues, deslumbrar por sus sofismas, y procuremos por el contrario traerlos á la fe por medio de nuestras oraciones. Sin embargo, creamos tambien que las palabras de que Jesu-Cristo se ha servido, y que repite el Sacerdote por orden suya para obrar el misterio Eucarístico, contienen, sin excluir el sentido natural y literal, un sentido espiritual y místico, que servirá igualmente para nuestra santificación y nuestra instruccion. Voy á exponer este sentido principalmente á los que por justas razones están reducidos á abstenerse por algun tiempo de la Comunión real, presentándoles los principios y fundamentos que deben tener á la vista para comulgar espiritualmente siempre que asisten al santo Sacrificio de la Misa: está es una ver-

dad práctica, y por consecuencia exige toda vuestra atencion.

No es difícil comprehender lo que se entiende por la palabra Comunion espiritual, principalmente si se considera en razon opuesta á la Comunion real y sacramental que hace el Sacerdote cada vez que ofrece el santo Sacrificio, y el simple fiel cada vez que es admitido á la participacion de él. La Comunion espiritual es una especie de participacion de este Sacramento augusto, pero interior, cuyo efecto es invisible, y tiene como la Comunion real su necesidad, sus disposiciones, sus ventajas, sus reglas, y tambien sus obligaciones para el Cristiano que hace uso de este Sacramento.

Su necesidad. Hemos dicho que la Comunion sacramental era necesaria para la integridad del Sacrificio; y la Iglesia nos enseña que no se llega á consumir hasta que el Sacerdote consume por la Comunion las especies eucarísticas. Así es que los fieles que asisten á la celebracion del santo Sacrificio de la Misa, no la oyen verdaderamente segun el espíritu de la Iglesia, sino quando se unen espiritualmente á la vícti-

ma adorable por la Comunion espiritual. La prueba de esta verdad se halla en las oraciones que dice el Sacerdote en esta circunstancia de la Misa, que la Iglesia pone igualmente en la boca de todos los fieles, las quales carecen verdaderamente de sentido si no van acompañadas de la participacion á lo menos espiritual del cuerpo y de la sangre de Jesu-Cristo. *El Cuerpo de nuestro Señor Jesu-Cristo guarde mi alma para la vida eterna. La Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo guarde mi alma para la vida eterna.* Estas son las palabras que debe decir con el Sacerdote, y de que debe hacerse una aplicacion personal si quiere que le sean aplicadas las oraciones que han antecedido y acompañado á la oblacion. Sé muy bien que no todos se hallan en estado de hacer esta aplicacion de un modo conveniente, y que la Iglesia ha permitido por esta causa que se substituyan á las palabras del Sacerdote ciertas oraciones que contienen el espíritu de ellas, y que demuestran la necesidad de la Comunion espiritual.

Sus disposiciones. ¡Ah, cuántos

Cristianos duermen un sueño verdaderamente mortal fiados en su pretendido respeto al cuerpo y á la sangre de Jesu-Cristo! ¿Pero no hacen un abuso positivo del Sacramento siempre que llevan al altar un corazon dominado por las pasiones y los afectos peligrosos? ¿No podremos decirles, como Jesu-Cristo á los profanadores, qué utilidad os prometeis de mi sangre preciosa si recibis sus influencias en un corazon lleno de la corrupcion del pecado? Por tanto, hermanos míos, un Cristiano que quiere comulgar espiritualmente, debe empezar este acto de religion por el dolor de sus pecados; debe excitar en sí el propósito de no pecar otra vez; debe solicitar la libertad de su cautiverio por el mérito de esta sangre preciosa; debe renunciar sinceramente todo afecto peligroso, y qualquiera amor que sea incompatible con la caridad; debe llevar á los pies del Altar el conocimiento de su miseria y la desconfianza de sus propias fuerzas; debe sentir sus propias necesidades, y confesar que nada puede sin la gracia de Jesu-Cristo, de manera que este sentimiento excite en

su corazon el deseo y el fervor; en fin, debe despertar los sentimientos de una fe viva, de una firme confianza, y de un tierno y sincero amor, porque la Comunion exige todas estas disposiciones de los que se acercan al Altar, bien sea para participar realmente del cuerpo y de la sangre de Jesu-Cristo, ó para comulgar espiritualmente.

Sus ventajas. La Comunion real une á los que participan de ella al cuerpo, á la sangre y á la divinidad de nuestro Señor Jesu-Cristo; pero la mística y espiritual los une á la fé que él nos ha enseñado, á la esperanza que nos ha merecido, y á la caridad que ha practicado: los une á su cuerpo místico que es la Iglesia, á su espíritu que es el alma de ella, y á su Divinidad que es su vida; los une á su cruz representada en este misterio: los une á su sacrificio renovado en esta oblacion: los une á sus méritos; y en fin á todas sus virtudes, de las cuales les da un exemplo nuevo este misterio. Así se renueva la union entre Jesu-Cristo y su pueblo, entre la cabeza y los miembros siempre que se entra en el espíritu de esta oblacion por la Comu-

nion espiritual. La Comunion sacramental debilita la concupiscencia, y modera el ardor de las pasiones en los que la reciben; y la Comunion espiritual provee de armas muy poderosas al que sabe hacer uso de ellas contra la carne y la sangre. Aquí es donde viene un Cristiano á manifestar sus heridas, y á sacar ese aceite de la gracia, ese vino de la caridad que el piadoso Samaritano viertió con tanta abundancia. Aquí es donde un pecador se siente penetrado mas vivamente de la miseria de su estado, y encuentra los recursos de que necesita para salir de él. La misma mano que le aparta de sí por su indignidad, le atrae desde el Altar con misericordia. La misma voz que dice: léjos de aquí qualquiera que esté sujeto al ídolo del pecado, exclama desde el Altar, venid á mi todos los que estais cargados, y os aliviaré. Si un justo temor interpone un muro de separacion entre él y el Altar, una confianza mas justa todavía le transporta en espíritu hasta el Altar para ser con Jesu-Cristo una víctima de dolor y de penitencia; de manera que si estas disposiciones le conducen al

pecador á este lugar sagrado, saldrá de él con valor para infundir espanto á los enemigos de la salvacion. La Comunion sacramental aumenta la vida espiritual de la gracia; pero tambien hay principios de vida para el que participa espiritualmente de este sacramento adorable. *Entraré*, decia el Profeta, *en las potencias de mi Dios*, y me parece que pueden aplicarse estas palabras á un Cristiano que comulga en espíritu. Las potencias de Dios que se ofrecen son sus virtudes, y nada es mas propio para hacernos entrar en las disposiciones de Jesu-Cristo, que esta especie de participacion de su divino misterio. Uniéndonos pues á él con los deseos del corazon, exercitamos en alguna manera todas las virtudes que ha practicado; unimos á su obediencia el sacrificio de nuestra voluntad propia, á su humildad el de nuestro orgullo, á su paciencia la aceptacion de los trabajos que su Providencia nos envia, á su fervor las oraciones que le hacemos, y á su caridad nuestro amor: y como esta especie de comunion puede renovarse siempre que asistimos al Sacrificio de la Misa, los actos reiterados de sus vir-

tudes sofocan insensiblemente en nosotros las semillas del pecado, y hacen revivir la santidad y la justicia, que son la vida del alma. Esta es la causa, por qué podemos prometernos encontrar en la Comunión espiritual, como en la sacramental, un germen de mortalidad, y una prenda de la vida eterna. *Si morimos con Jesu-Cristo*, dice el Apóstol, *viviremos con Jesu-Cristo, y reynaremos con Jesu-Cristo*. Así pues siempre que nos unimos espiritualmente á Jesu-Cristo inmolado, venimos á despojarnos de los tristes restos de la mortalidad detestando el pecado que quiere destruir, y renunciando al orgullo que quiere combatir; en fin adquirimos el derecho á esa resurrección gloriosa, cuya imagen y principio es el misterio Eucarístico.

Sus reglas. Para que este ejercicio produzca los efectos que hemos referido, debemos conformarnos á las reglas que nos prescribe la fe de este misterio, no confundiendo la Comunión espiritual con la sacramental, porque esta lleva la superioridad y tiene ventajas muy decididas. La Comunión espiritual debe ser un medio de prepa-

racion para la Comunión real, no un pretexto para dilatarla ó abstenernos enteramente de ella, sino que al contrario siempre que nos unimos espiritualmente á Jesu-Cristo, debemos sentir la privación de este alimento sagrado, excitar el hambre de él en nuestro corazón, y tomar á la vista de la víctima adorable las resoluciones que sean mas propias para engendrar en nosotros las disposiciones que exige esta Comunión. A esta disposición general añadiré otras muchas disposiciones próximas que pueden asegurar el fruto de este ejercicio. Por exemplo trasportarse en espíritu á los pies del Altar, y disponerse y colocarse entre los que se preparan á comulgar realmente, y despues de haber hecho con ellos la confesion de los pecados recibir la bendición que concede el Sacerdote en nombre de Jesu-Cristo. El conocimiento de su baxeza le ha de reducir al Cristiano á pedir las migajas de una mesa que no se sirve con abundancia sino para los hijos de la gracia, teniéndose por muy dichoso de poder á lo ménos tomar algun lugar entre los siervos, y juntar en alguna manera las sobras de es-

te sagrado banquete, con los Sacerdotes y los fieles que reciben el cuerpo adorable de Jesu-Cristo. Por estos medios preparaban los justos de los primeros siglos sus fervorosas Comuniones; y si los grandes pecadores los empleasen con mas frecuencia, verian abiertos los caminos del Santuario, conseguirian las disposiciones de santidad que exige este Sacramento, y serian recompensados del daño que ha causado á su alma la separacion en que han vivido por causa de las pasiones y de los malos hábitos que los tenían como presos y detenidos. Esta recompensa es de grande consideracion; pero muy corta sin duda si se compara con los frutos que deben esperarse de la Comunión sacramental.

Sus obligaciones. La Comunión espiritual impone á los justos y á los pecadores la necesidad y la obligacion de desear la Comunión real, y de prepararse para ella. No me detengo á combatir ese temor excesivo, que sirve algunas veces de pretexto á ciertas almas irreprehensibles por otra parte, para pasar años enteros separadas del banquete Eucarístico. Estoy bien cier-

to que si pesan en el peso del Santuario los motivos de esta separacion, podrán discernir facilmente si su temor está fundado sobre un verdadero respeto, ó si es el efecto de un descuido afectado, de una timidez pacata, y de una desconfianza injuriosa á la bondad de Jesu-Cristo: ellas conocerán sus flaquezas y miserias, y distinguirán cuidadosamente los pecados, que son un efecto inevitable de la fragilidad de nuestra naturaleza, de aquellos que cometen por un acto reflexionado con el fin de combatir los unos, y oponer á los otros las armas poderosas que nos ofrece la Comunión Sacramental. La obligacion particular de los pecadores es romper el muro de separacion que sus pecados han puesto entre ellos y Jesu-Cristo, y usar prontamente de los remedios saludables que les ofrece para disipar la frialdad, y la indiferencia que los aleja de la mesa santa. Una sincera confesion de sus faltas, una pronta reparacion de sus escándalos, una santa indignacion contra sí mismos, un vivo dolor, una vigilancia escrupulosa sobre su propio corazon, la frecuencia en la oracion, la inclinacion

al trabajo, el amor de la penitencia, el gusto del retiro, la asistencia al templo, y sobre todo el deseo ardiente y fervoroso de concurrir al santo Sacrificio de la Misa son las obligaciones que contrae un pecador quando le permite la Iglesia unirse á Jesu-Cristo por la Comunión espiritual.

Aquí se termina esta parte de la Misa consagrada á la consumacion de la víctima. Ya no nos queda que hablar sino de la accion de gracias, la qual es la última parte de la Liturgia á que se refieren las dos Instrucciones siguientes. Renovemos nuestra atencion, y pidamos á Dios que la práctica de todas las verdades que hemos meditado sea motivo para empezar, executar y acabar la mas santa de las acciones de una manera que contribuya á la gloria de Dios, que es el objeto de ella, y á la santificacion de nuestras almas. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS ORACIONES

CON QUE SE ACABA LA MISA.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS COLOSENSES, cap. 3. v. 17.

Qualquier cosa que hagais sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo, dando gracias por él á Dios y Padre.

PODEMOS ciertamente mirar toda la Misa como una accion continua de gracias. Jesu-Cristo toma en ella el tí-

tulo de Víctima Eucarística, y todo Cristiano que quiere unirse al Sacrificio que ofrece este Señor á su Padre, debe participar con él del sentimiento, de reconocimiento debido á un Dios, cuya misericordia nos previene sin cesar, y nos sigue por todas partes; pero aunque la accion de gracias pertenezca á la esencia de este Sacrificio como la inmolacion y la oracion, era muy conveniente que la Iglesia consagrara una parte de su Liturgia para manifestar á Dios por Jesu-Cristo su grátitud por el misterio inefable que se ha obrado sobre el Altar, y por la muchedumbre infinita de gracias que ha derramado este misterio sobre toda la Iglesia. Este es el fin á que se dirige esta parte de la Misa, en la qual nos recuerda este sentimiento de grátitud; pero estando precisado ya á terminar esta materia, reuniré en este discurso y el siguiente todo lo que puede contribuir para excitarle: espero que vuestras reflexiones suplirán mi corta explicacion, teniendo presente que la disposicion que intento infundir en vuestras almas es tan esencial como todas las demás que pueden haceros partícipes de los frutos de

este Sacrificio, y así os pido que conserveis en estas últimas oraciones la misma atencion y fervor que en las precedentes.

La Iglesia reduce esta parte de la Misa á diferentes exercicios que dan á conocer su intencion y las disposiciones que exige. Un lugar de la sagrada Escritura, llamado Comunion, una oracion llamada *Post-comunion*, la despedida del Pueblo, la bendicion, y el Evangelio de San Juan, es todo lo que en un corto espacio de tiempo debe ocupar á los fieles, y disponerlos para aprovechar las gracias que han recibido en este divino Sacrificio. Vamos á recorrer estos diferentes exercicios, y á deducir las reflexiones que sean mas propias para llenarlos con fruto.

Se llama Comunion un versículo sacado de un Salmo que canta el coro inmediatamente despues de la Comunion, y que el Sacerdote mismo dice, despues de las diferentes abluciones que siguen á este acto. Este es un uso observado en las Liturgias mas antiguas. Hubo un tiempo en que no se variaba este versículo, y en todas las solemnidades decia siempre la Iglesia, toman-

do las palabras del Profeta: *gustad y ved que el Señor es suave.* Quando la Comunión de los fieles era más numerosa, para llenar el espacio de tiempo que se ocupaba en la distribución de la santa Eucaristía se cantaba el Salmo 33. de donde se han sacado estas palabras, y en muchas Parroquias se acostumbra también hoy en las fiestas solemnes quando la Comunión es numerosa cantar un Salmo entero, á fin de que los fieles que no comulgan tengan una Instrucción, y una oración relativa al misterio que se celebra.

Este Salmo se termina siempre con la antífona, llamada Comunión. La Iglesia actualmente escoge un solo versículo que al mismo tiempo tenga relación con la fiesta que celebra, y con las gracias que concede Jesu-Cristo á los que le reciben dignamente. Si los fieles meditan atentamente estas diferentes antífonas, encontrarán siempre en ellas los motivos más propios para inspirarles la unión á Jesu-Cristo en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

A esta antífona sigue la salutación del Pueblo, de que ya hemos dado una idea, explicando el motivo que tiene

la Iglesia para poner en boca del Sacerdote y de los fieles estas palabras: *el Señor con vosotros, y con tu espíritu.* El Ministro á esta especie de bendición, añade la oración *Post-Comunion*, llamada así porque sigue inmediatamente á esta acción, y la Iglesia, como puede inferirse de sus mismas palabras, solicita conseguir de Dios por Jesu-Cristo, que el fruto particular del misterio, y de la fiesta que celebra nos sea aplicado por la virtud de su sangre. Esta intención nos será mucho más sensible si cada vez que asistimos á la celebración de los santos misterios, decimos con el recogimiento debido esta piadosa oración, después de la qual desea el Sacerdote otra vez al Pueblo nuevas bendiciones, y recibe de él nuevas saludes. A estas palabras sigue en todos los Misales, lo que se llama despedida del Pueblo, y esta circunstancia de la Misa, la ménos interesante á primera vista, nos daría materia para una Instrucción, si no temiésemos alargarnos demasiado, porque primero podríamos hacer notar las diferentes variaciones que nos ofrecen los Misales, y después

saciaríamos de ellas motivos de edificación, probándoos que los fieles de los primeros siglos, muy léjos de retraerse del Altar, tenían necesidad de que les advirtiesen el tiempo en que habían de retirarse.

En efecto, dóciles á la voz de sus Pastores, tenían la costumbre de escuchar solo á su fervor quando trataban de juntarse en el templo; pero jamas se retiraban sin que precediese la señal. De aquí podria tomár ocasion para levantar la voz contra el indecente abuso de tantos Cristianos que llegando á la Misa, mucho tiempo despues de haber empezado se atreven á disputar sobre el tiempo que deben permanecer en la Iglesia para satisfacer la obligacion que les impone, estableciendo sobre este precepto varios principios dictados por su indevocion, los quales si por desgracia se propagasen como lo intentan, hubieran dexado ya nuestros templos desiertos. No me escandalizo ménos de la irreligiosa precipitacion de muchos para salir del templo luego que da la bendicion el Sacerdote, privándose de los consuelos que gozarian si se detuviesen á meditar, como era justo,

el santo Sacrificio que acaban de presenciarse; pero yo no hablo á Cristianos de esta especie, sino á fieles convencidos de que todo lo que pertenece á este santo exercicio participa de la santidad de la víctima, cuyo solo mérito da valor á todas estas ceremonias y oraciones. Por tanto les diré que deben escuchar al Sacerdote con religiosa atencion en las Misas privadas, y al Diácono en las solemnes, quando les anuncian que pueden volverse á sus casas, porque se ha concluido el Sacrificio, y les haré notar los diferentes usos que se han observado en la Iglesia con relacion á esta circunstancia de la Misa. En ciertos dias en lugar de estas palabras: *idos, se acabó la Misa*, substituye las siguientes el Sacerdote: *bendigamos al Señor*, y el Pueblo responde *gracias á Dios*. La razon de esta diferencia la conocen pocos Cristianos. Muchos autores nos enseñan, que habia dias en que la Iglesia, despues de haber ofrecido el santo Sacrificio, detenia todavia á los fieles en el templo para ocuparlos en otros exercicios: entónces no se les despedia, sino que se les invitaba á bendecir á Dios, y á darle gracias por los misterios que

acababa de obrar en su favor. Esta costumbre se observaba en los dias de penitencia y de ayuno, y en las grandes ferias, y todavía se conserva esta diferencia en la Quaresma, en las vigilijs de las fiestas principales, y en el Adviento, en cuyo tiempo antiguamente se hacian iguales penitencias que en la Quaresma. Esta reflexion es muy propia para inspirar á los fieles el deseo de considerar, y de santificar mas particularmente estos dias en el interior de sus casas con exercicios de piedad, trayendo á la memoria aquellos tiempos en que los primeros Christianos sabian unir las obligaciones de su estado con la asistencia á las instrucciones y oraciones públicas.

Pero ántes de acabar este artículo diré alguna cosa sobre el uso de suprimir en las Misas de los difuntos estas palabras: *idos, se acabó la Misa*. Este uso se apoya en los mismos motivos. Quando estas Misas son solemnes, se hace inmediatamente la recomendacion del alma del difunto, y además la piedad de la Iglesia no solo les aplica el fruto del Sacrificio de Jesu-Cristo quando le ofrece por ellos, sino tam-

bien las diferentes oraciones que acompañan la oblacion. De aquí una multitud de ceremonias suprimidas ó añadidas, que ponen una diferencia sensible entre la Misa que se ofrece por la intencion de los vivos, y la que se celebra por los difuntos. Por exemplo, en las oraciones que se dicen al subir al Altar se suprime el Salmo: *júzgame Dios*, porque el Sacerdote se abstrae en algun modo de los fieles, y de sí mismo para recomendar á los difuntos, los quales ya no se hallan en estado de entrar en el Tabernáculo visible del Señor, para ofrecér en él la víctima. Tampoco hace el Sacerdote la señal de la cruz al principio del Introito, ni bendice al Diácono al tiempo del Evangelio, ni al Pueblo al acabar la Misa, porque en este momento se reserva la Iglesia en algun modo todas las bendiciones para las almas de sus hijos, que estan penando en el lugar de expiacion y de lágrimas: asimismo no se dice el gloria, ni el símbolo de Nicea, porque el dia en que se dedica al alivio de sus hijos, es para ella un dia de tristeza y de duelo, y substituye á estas palabras: *idos, se acabó la Misa*, las siguientes: *descansen*

en paz, á fin de que todos los fieles que han tenido parte en estos santos misterios se unan para pedir la luz y la paz que Jesu-Cristo ha merecido á estas almas con su sangre.

Como se presentan pocas ocasiones en que poderos instruir sobre esta ceremonia particular, he tenido á bien extenderme algun tanto para daros la idea conveniente de ella. Hablaré ahora sobre la bendicion que da el Sacerdote al Pueblo, costumbre que trae su origen de los tiempos Apostólicos. El Mártir San Justino habla ya de ella en la Apología que dirige á los Emperadores Romanos, y ciertamente no ha habido un tiempo en que se haya despedido al Pueblo sin bendecirle. La forma de esta bendicion no ha sido siempre la misma: en ocasiones se limitaba á pedir la paz para los asistentes: en las Misas solemnes se acostumbra dar con grande ceremonia; pero así en ellas como en las privadas, precedia siempre la invocacion de las personas de la Santísima Trinidad. Esta bendicion se ha consagrado desde inmemorial con la señal de la cruz, porque de la cruz de Jesu-Cristo nos

vienen todas las gracias y bendiciones. En las Misas privadas el Ministro dice solo estas palabras: *bendigaos Dios, Todo-poderoso, Padre, Hijo y Espiritu Santo*; y en las solemnes que se celebran en algunas Iglesias cantan estas mismas palabras todos los Sacerdotes que concurren á la celebracion de los divinos Oficios. En algunas partes está reservado á los Párrocos el derecho de añadir á la bendicion solemne dos oraciones que la preceden; pero Cristianos, de qualquiera manera que se pronuncie sobre nosotros esta bendicion, acordémonos que el Sacerdote es el Ministro de la Iglesia, y su representante en esta funcion augusta. ¿Podemos dudar de la eficacia de esta oracion, si por nuestra parte no se opone un obstáculo á los frutos que es capaz de producir en nuestras almas con nuestra indevacion, ó con la obstinacion en el pecado? Yo por tanto os diré aquí lo que se dice en las Misas que celebran los Obispos: humillad vuestras cabezas para recibir la bendicion: considerad que el Dios Todo-poderoso que con sola su palabra hizo el cielo, la tierra, y todo quanto existe, nos va á dispensar sus auxilios.

Su nombre á quien bendicen todas las criaturas, es el origen de las bendiciones que esperamos. Humillaos pues baxo su mano poderosa, porque no concede su gracia sino á los humildes que esperan en él; y el Dios Todo-poderoso que no hace uso de su poder soberano, sino para darnos una prueba de su misericordia, bendiga un Pueblo que ha creado para su gloria, que ha rescatado con su sangre, y que ha santificado con su espíritu. ¡Ah! decid todos: *Así sea.* Pero cuidado que vuestros pecados desmientan estas palabras, y por consecuencia os priven de las gracias que produce esta bendiccion.

Después de todo se dice el santo Evangelio, y la Iglesia ha dispuesto muy sabiamente que se lea el principio del de San Juan, en donde se nos enseña de la manera mas noble y mas clara la Divinidad del Verbo. No trato de exponer aquí las sublimes ideas que nos presenta este lugar de la divina Escritura, porque solo pertenece al espíritu de Dios el contar la generacion inefable del Verbo Eterno en el seno de su Padre. Nosotros, hermanos míos, no leamos jamas este Evangelio

sin un religioso temor, y aprovechémos de sus palabras para apartar el espíritu de seduccion y de mentira: fijemos bien en el espíritu y en el corazon el dogma de nuestra fé, contenido en estas palabras: *el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.* La Iglesia indicándonos este lugar del santo Evangelio, nos ofrece una materia amplísima de meditacion, y medios poderosos para aplicarnos los misterios que acabamos de presenciar. El Verbo hecho carne ha sido para nosotros en la oracion un intercesor poderoso, en la oblacion una víctima de salud, y en la Comunión un Pan de vida. ¡Oxalá sea tambien en nuestros diferentes estados un modelo, un doctor, y una guia, á fin de que así como está con nosotros por su Sacramento, merezcamos por su gracia estar con él por toda una eternidad! Así sea.